



El fallecido poeta Saulo Torón con los también poetas Agustín Millares Sall, Sebastián Sosa Álamo y Domingo Velázquez.

*En
el
centenario
de
Saulo
Torón*

Las monedas de cobre compran eternidad

por Antonio de la Nuez Caballero

Buscamos eternidad. Una profunda eternidad nietzscheana que no se prolonga sólo hacia el futuro sino también a un pasado como muchas veces no percibimos, aunque constantemente buscamos en él. Futuro-pasado, como en un punto se es ido. Y es el secreto del querer hablar, escribir, dramatizar y buscar, la sonrisa (vertical) aunque no todo nuestro pasado sea genético ni el futuro tampoco. Ilación de párrafos que pueden girar en un ir y venir pero que ante todo es el encuentro del discípulo o la discípula buscada insistentemente y a veces jamás encontrada. A veces. Y aunque veces haya que trasladar todos los escritos de una casa a otra. De un país a otro, con transferencias de recuerdos y preposiciones. Necesitamos de ellas y de ellos, como ellos y ellas necesitarán en el futuro de sus cofres chapados, repletos de objetos sagrados y obscenos como el dedo gordo del pie izquierdo que le cortamos a alguien en una inenarrable orgía. El latir del corazón y el ir y venir del oleaje, el ritmo de la luna y de la bajamar y la pleamar de las mareas no son metáforas de este devenir del pasado-futuro, sino que son un mismo ritmo, una misma cosa. Cuando leemos algo nuestro o lo damos a leer, ya no es sólo una parte de nuestro ser lo que estamos entregando. Es el ser mismo nuestro transferido, comulgado por los demás y hecho tesis doctoral de ellos y por ellos. Amén.

Esta búsqueda de *la eternidad* nunca es gratuita. Entregamos alimentos materiales y espirituales y tiempo— ese tiempo que se nos escapa para siempre— como únicas monedas que compran *eternidad-recuerdo-(otra) obra permanente*. Mundo, demonio y carne son pobres monedas; pága-

las: hay que asistir al mundo, de los actos públicos y privados; a las bodegas y a los saraos; hay que rendir culto al diablo que tenemos dentro expresándonos con nuestro propio lenguaje y hay que rendir culto al sexo, a la carne, sin olvidar que también el cerebro es carne y sexo, caminos de perfección y perpetuación. Son todas pobres monedas al compararse con la eternidad única posible y doble: la descendencia genética y la descendencia de las escrituras, de la cátedra, de la enseñanza de la disciplina— de todas—, pero sobre todo de la más alta: la poética. Téngase en cuenta que lo creado genéticamente puede ser inconsciente; en cambio lo creado poéticamente (redundancia) es plenamente consciente.

Compramos con trabajo, amor y tiempo esta eternidad nietzscheana del eterno retorno. Sólo así los espíritus que nos rodean se sosegarán y dejarán de discutir con nosotros en los sueños (nocturnos) de la profunda media noche.

Creo que escribo estos pequeños párrafos sobre la eternidad por influencia de mis sueños últimos. Los muertos volvían. Antes volvían. Ahora no. No se habían ido. Me rodeaban entorno a mi cama y tras ellos, todo era luz. Les estoy tan agradecido a todos, que olvido los inconvenientes que me han causado o podido causar. A los Cien años de cualquier vida.

Antonio de la Nuez Caballero, es escritor y crítico literario